

El gesto

Fabio Morábito



*a los Gaxiola
a los De Agüero*

SOMOS UNA FAMILIA NUMEROSA: once hermanos, papá y mamá, la abuela y el tío Gus. Luego están Cata y su hija que, como dice mamá, «ayudan en el quehacer». Las criadas, pues. Con ellas dos somos diecisiete personas bajo el mismo techo. Todo tiene sus ventajas y desventajas. La ventaja de ser un montón es que siempre suceden cosas y uno no se aburre. La desventaja es que no hay soledad posible. Tenemos una casa grande, pero no tanto como para que alguno de nosotros haya estado solo alguna vez. Demos gracias de que no vivimos amontonados, repite mi madre cuando alguien se queja de que no hay sitio en la mesa o de la falta de un lugar para hacer una tarea que exige concentración y silencio. Tiene razón. Somos una tribu, pero no un caos. El día que se vayan todos ustedes (otra frase suya), vendemos la casa, porque no soportaría quedarme sin oír sus voces. Le hemos dicho que no nos iremos al mismo tiempo, como en estampida, sino poco a

poco, y que ella y papá se acostumbrarán a que haya cada vez menos gente. Sin embargo, comprendemos su inquietud y a todos nos cuesta imaginar esta casa habitada sólo por ellos. Somos tantos que quizá nunca llegemos a irnos todos. Ahí está Gustavo, el mayor, que debió haber emprendido el vuelo hace tiempo y, a sus veintisiete años, pese a su trabajo fijo y bien remunerado, sigue aquí. Estoy ahorrando, contesta cada vez que, medio en broma y medio en serio, le decimos que ahueque el ala. Nadie ignora que le aterra la idea de vivir en un departamento solo con su alma y que sólo se irá cuando se case. En cuanto a mi madre, tiene miedo de que, si se va uno, los demás se irán enseguida. Tal vez no se equivoque. El día que veamos que alguien dejó el cobijo de esta casa incómoda y ruidosa sin morirle. en el intento, otros lo imitaremos y la casa empezará a vaciarse 🍀 Al montón que somos hay que añadir a uno que otro amigo que se ha vuelto de la familia, como Gabriel, que Luis trajo hace dos años y desde entonces es como un hermano más. Ha sido el único de fuera que, un día que se quedó a comer, le dimos una buena entre todos, papá y mamá incluidos. Aguantó la lluvia de chanzas, respondiendo como pudo, y al final estaba radiante, porque comprendió que, después de ese bombardeo, era de los nuestros. Hijo único, desde el primer día que vino a la casa quedó fascinado por el vaivén, el fluir y refluir incessantes y el ruido. Si le hubiéramos dado una cama, habría alcanzado el éxtasis. Así, cuando mi madre repite que ella y papá venderán la casa el día que nos vayamos todos, le decimos que no se preocupe, porque Gustavo se irá a los sesenta años y Gabriel no se irá nunca. No es el único de fuera que comparte nuestra mesa y se queda a menudo a dormir. Lulú, la amiga de Susana, se ha enquistado tam-

bién en el tejido familiar, pero ella, en cierto modo, siempre ha sido de la familia, por que se nos parece en una infinidad de cosas, ya que tiene un montón de hermanos y a veces no sabe muy bien si se encuentra en su casa o en la nuestra. Además de ellos dos, otros han venido y siguen viniendo; algunos se quedan y otros desaparecen, y todos se sienten a sus anchas y sospechamos que en sus casas no son felices o, si creían que lo eran, es aquí, en medio de la barahúnda, donde acaban por descubrir la dicha verdadera. La continuidad de nuestras caras, puesto que todos nos parecemos bastante, les ha de producir la sensación de un denso follaje amistoso, de una sucesión sin sobresaltos, pero es en los gestos donde se hace sentir más el sello de la familia. Nuestra forma de sonreír, de caminar o de sentarnos, de dar un apretón, de frotamos los ojos, de levantarnos el pelo de la cara o de rascamos, es la misma. Sin embargo, no todos tenemos los mismos gestos. Yo, por ejemplo, tengo la risa de mi madre, la manera de escribir de mi padre (ladeando ligeramente la cabeza y sacando un poco la lengua), el modo de peinarme de tío Gus y el tic de rascarme los codos que tienen también Pancho, Marta, Héctor y Raúl, pero no acostumbro a fruncir los labios en señal de desacuerdo como hacen Luis, Margarita, Gustavo y Susana, ni tengo esa forma particular de golpearse la frente ante un olvido repentino que mi madre tiene en común con la abuela, con el Chato y Pepe. Los gestos no son estables ni duraderos, se modifican continuamente a causa del contagio mutuo y cada cual va cambiando de forma de reírse, de peinarse o de girar la cabeza, pasando de un modelo a otro dentro de las opciones a nuestro alcance. La originalidad se reduce a la combinatoria que hace cada cual de todos los gestos disponibles, no a tener

algún gesto o ademán propios. Esto último es casi imposible, pues si surgiera un gesto novedoso, sería absorbido enseguida por la familia y se volvería patrimonio común, y su portador ni siquiera alcanzaría a darse cuenta de haber sido su introductor; eso, al menos, creía yo (de manera inconsciente, ya que nunca había reflexionado al respecto), hasta aquella mañana, hace tres años, en que me hallaba en el baño cepillándome los dientes y vi algo en el espejo que me hizo detenerme. Una de mis cejas, la izquierda, se levantaba de un modo curioso; un rictus que nunca había visto en mi cara ni en la de mis padres o hermanos, ni en el tío Gus, ni en la abuela; un gesto que, por si fuera poco, tenía un toque melancólico, algo rarísimo en nuestra casa, donde faltan las condiciones para la melancolía y donde la menor manifestación de recogimiento introspectivo y soñador, venga de quien venga, recibe un abucheo del resto de la familia, cuya frugalidad expresiva, tan necesaria en un entorno sobrepoblado, nos previene a todos, desde chicos, contra todo asomo de subjetividad y sentimentalismo. Sólo a mamá y a la abuela se les concede cierto grado de evasión y sensiblería; sólo ellas, en un cine o en un momento de abandono, pueden llorar. ¿De dónde, pues, había venido a dar a mi rostro ese gesto de languidez y soledad? ¿Había nacido yo para poeta y ésa era la señal de mi vocación? ¿O era un gesto que ya estaba inscrito en los genes de la familia y sólo había que rastrearlo hasta encontrarlo? Pensé en tío Gus, que se pasa el día viendo tele. Tal vez le había nacido ese gesto mirando una telenovela. Lo estuve espiando, pero no descubrí nada. Pensé también en Cata, la única de la casa que no es de la familia. Tal vez había traído ese gesto de su pueblo, al que va cada tres meses. Pero un gesto así difícilmente se da en un me-

dio rural y me bastó observar a Cata mientras hacía sus quehaceres con su expresión tozuda y vengativa para convencerme de que no podría arquear una ceja ni siquiera amenazándola. Pasé revisión a todos mis hermanos, lo que me llevó más de una semana de profundas observaciones. En cierto modo, eso me agrió el carácter, aislándome del resto. Era la primera vez que me fijaba en los rostros de mi familia y sentí que era desleal a mi sangre. Tuve un sueño terrible: me levantaba de noche y los mataba a todos con una escopeta que había ocultado bajo la cama. Me quedaba solo en la casa vacía, rodeado de los cadáveres de mis padres y mis hermanos, en espera de que llegara la policía. Tenía planeado, cuando llegara, darme un tiro. Pero pasaban los días y nadie tocaba a nuestra puerta, y comprendí que no le importábamos a nadie, ni siquiera a Gabriel, que tocó una sola vez y, al ver que no le abrían, no volvió jamás. ¿Es el destino de las familias numerosas formar un pueblo aparte, un mundo sin verdadera relación con el mundo? ¿Acaso mi sueño, terrible y todo, me indicaba que debía irme antes de que la rueda de molino de la consanguinidad me aplastara como a los otros? Tal vez mis hermanos mayores habían tenido un sueño parecido al mío, pero lo habían desoído. Ahí estaba Gustavo, con sus veintisiete años, incapaz de labrarse un destino.

💚 Todas las mañanas, frente al espejo del baño, repetía aquel gesto con la esperanza de que se hubiera esfumado para siempre y el deseo secreto de que continuara vivo. Lo temía y, al mismo tiempo, lo ateso raba. Era el sello de mi individualidad, pero también de mi posible locura. Por ambos motivos tenía que ocultarlo. Si afloraba ante mis hermanos, podrían pensar que lo había trabajado adrede en mi afán por distinguirme, y me despreciarían; y con

una sola vez que destellara en mi frente, la jauría se abalanzaría sobre él, volviéndolo irreconocible. Así, a cada rato me pasaba la mano sobre la frente para asegurarme de que la ceja no se moviera. Al poco tiempo ese gesto que encubría otro gesto se volvió un tic, y me sorprendió que, en nuestra casa, donde impera el escarnio ante la menor extravagancia, ninguno de mis hermanos lo hubiera notado. Un domingo estábamos todos en la mesa cuando advertí un no sé qué de mofa subterránea, de pitorreo entre dientes, como si una brisa helada corriera por debajo de las burlas y los pleitos habituales. Creí al principio que la comente maligna se dirigía contra el tío Gus, que suele ser el blanco principal de nuestros choteos, pero advertí también en su rostro esa expresión de chanza irónica. Y de golpe ocurrió algo increíble: excepto mis tres hermanos más pequeños, Marta, Juan y Pepe, que repasaban su colección de estampas de futbolistas y permanecían ajenos a lo que ocurría en la mesa, todos empezaron a levantar su ceja izquierda. Primero fue papá, luego la abuela, después mamá, el tío Gus y todos mis hermanos. Lo hacían con extrema naturalidad mientras hablaban de esto y de aquello, y como nadie me dirigía la palabra ni la mirada, entendí que era yo el objeto de la burla. ¿Quién me había descubierto, y cuándo, y de qué manera, si había cultivado aquel gesto en absoluto secreto, siempre en el baño, cuidando de que la puerta estuviera cerrada? Hundí los ojos en el plato y seguí comiendo, pero las risitas subieron de intensidad. Me habían desenmascarado y juré que también estaban al tanto de mi sueño de matarlos a todos. No aguanté más, me puse de pie y salí de la cocina. Se hizo un silencio en la mesa, y fue ese silencio, ese vacío que nunca había oído antes, como un vórtice espantoso, lo que ven-

ció mis últimas resistencias y me hizo explotar. Debieron de escuchar mis sollozos un par de segundos antes de que me encerrara en el baño. Lloré con tal fuerza que me asusté. Ni una sola vez había llorado en mi adolescencia. Cinco minutos después alguien tocó la puerta. Temí que fuera mamá o papá, o la abuela, o tío Gus, o uno de mis hermanos más grandes. Pero oí la voz de Raúl, pidiéndome que le abriera. Raúl es el hermano inmediatamente arriba mío, aquel que me abrió camino, mi modelo más cercano, el que me enseñó a comer en la mesa y cuya ropa me iba pasando conforme a él le quedaba chica. Pude haber desobedecido a mis padres, a mi abuela, al tío Gus y a mis hermanos, pero no a Raúl, y abrí la puerta. Entonces oí el jolgorio proveniente de la cocina. Me había secado las lágrimas, pero debí de ofrecer un aspecto penoso. Raúl entró en el baño y me miró a la cara. 🍷 —Oye cómo se burlan de ti, cabrón —me dijo con expresión sarcástica.

🍷 —Me vale.

—Te tardaste —dijo él—. A mí me dio a los trece. 🍷 No supe de qué hablaba, y tuve que preguntárselo. 🍷 —Te dio el gesto —contestó él. 🍷 Sentí una opresión en el estómago. 🍷 —¿Qué gesto? 🍷 —No te hagas pendejo —y arqueó la ceja—. Nos da a todos, y siempre en la izquierda. Y ahora vente a la mesa, que mamá quiere darte un beso.



RECTORÍA GENERAL
Ricardo Villanueva Lomelí

VICERRECTORÍA EJECUTIVA
Héctor Raúl Solís Gadea

SECRETARÍA GENERAL
Guillermo Arturo Gómez Mata

**COORDINACIÓN DE ENTIDADES
PRODUCTIVAS PARA LA
GENERACIÓN DE RECURSOS
COMPLEMENTARIOS**
Missael Robles Robles

**20 EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA**

DIRECCIÓN
Sayri Karp Mitastein

COORDINACIÓN EDITORIAL
Iliana Ávalos González

JEFATURA DE DISEÑO
Paola Vázquez Murillo

editorial.udg.mx

Luvina

DIRECCIÓN
Silvia Eugenia Castellero Manzano

EDICIÓN
José Israel Carranza Ramírez
Víctor Ortiz Partida

COORDINACIÓN DE LUVINA JOVEN
Sofía Rodríguez Benítez

luvina.com.mx

LKF Librería
Carlos Fuentes
Universidad de Guadalajara

DIRECCIÓN
Verónica Mendoza Urista

GERENCIA GENERAL LIBRERÍA
Diana Gutiérrez

**COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN
Y PRENSA**
Christian Solís

libreriacarlosfuentes.mx



D.R. © 2022, Universidad de Guadalajara

El gesto
©Fabio Morábito

Diseño y diagramación
Paulina Yazmin Navarro Villafaña

Cuidado editorial
Fernanda H. Orozco

Septiembre de 2022

Sé parte de esta fiesta

Lee con nosotros

Las narraciones que acabas de leer forman parte del libro *Cuentos de Asia, Europa & América. Luvina 100*, las compartimos contigo para celebrar Guadalajara, Capital Mundial del Libro.



Consulta el programa de actividades de Guadalajara Capital Mundial del Libro 2022 en udglectora.com

Guadalajara
capital
MUNDIAL
del libro